

Tonces! 

Aquí va el episodio de Petersburgo.

Es la imagen del encuentro, la intersección: choque transparente, dos mundos antagónicos que se tocan con la mirada, separados por un cristal, para luego seguir de largo: uno a pie, el otro sobre ruedas dentro de un cubo.

### ***Leo a Cali en Petersburgo.***

Le llamo "eco" porque es una traducción de la traducción, carrusel de lenguas: del ruso de Bely al inglés del Sr. McDuff al español de Erasmo. También me gusta la imagen de las ondas: en 1916 un ruso lanza una piedra al agua y comienzan a aparecer sucesivos círculos concéntricos, uno que llega hasta aquí, Cali, para encontrarse, inmiscuirse con las ondas todavía pronunciadas del temblor de Mayo.

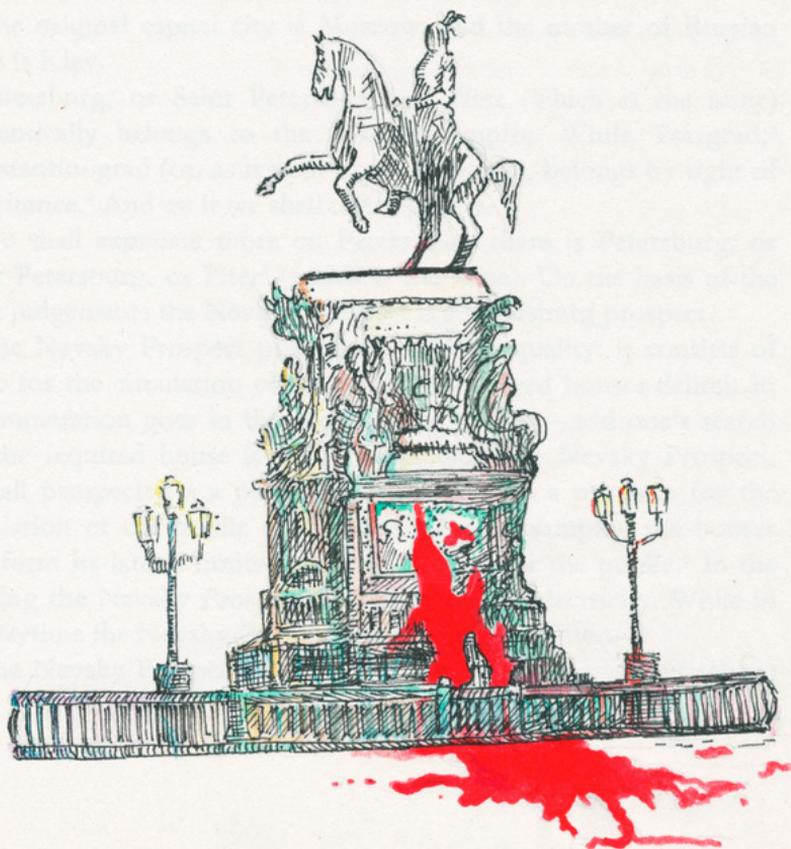
Y va la intervención que Fred le hizo a la portada: el monumento, la mancha de sangre, el derrumbe inminente, más otro dibujo que también aparece por ahí. Fue él quien me reveló y compartió este libro extraordinario: la felicidad de un paquete envuelto en un pañuelo de bordes rojos que llega por correo desde ***otraparte.***

Y sigue.

Fuerte abrazo.



# PETERSBURG



# **PETERSBURGO**

**de Andrei Bely**

**1916**

**(ecos de un episodio)**

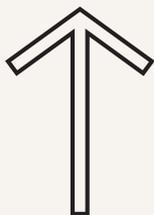
**CUADRADOS**

**PARALELEPÍPEDOS**

**CUBOS**

“Hey!

Hey!...”



Ese era el conductor gritando.

El coche salpicaba barro por todos lados, volando hacia la avenida Nevsky.

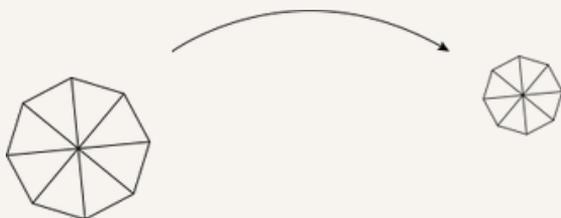
El Senador se tambaleaba sobre el cojín de seda del asiento; lo separaban de la mugre de la calle cuatro paredes perpendiculares; así se distanciaba de la multitud de gente que fluía a su alrededor, de los deprimentes, empapados envoltorios rojos de los periódicos baratos que se vendían en la intersección de más allá.

La regularidad planeada y la simetría calmaban los nervios del senador, estimulados tanto por la aspereza de la vida doméstica como por el indefenso círculo de la revolución de nuestra rueda estatal.

Sus gustos por una sencillez armónica se distinguían.

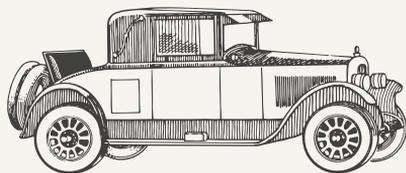
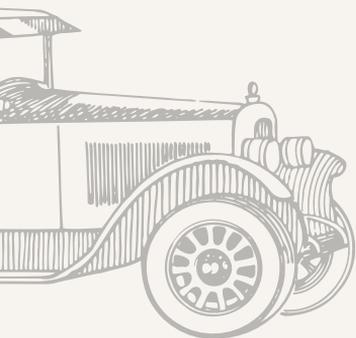
Amaba sobretodo la avenida rectilínea; esta avenida le recordaba el flujo del tiempo entre dos puntos de la vida; y de otra cosa, también: todas las otras ciudades son un montón de miserables chozas de madera, y Petersburgo es muy distinta de todas ellas.

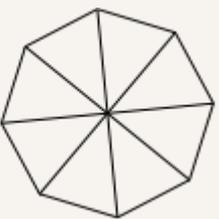
La inspiración se apoderaba del alma del Senador cada vez que su cubo laqueado avanzaba sobre la línea del Nevsky como una flecha; allí, tras las ventanas, era visible la numeración de las casas; y el tráfico se movía; allí, desde allí – en días despejados desde muy, muy lejos, un brillo enceguedor: la aguja de oro, las nubes, el rayo rojizo del atardecer; allí, desde allí, en días de niebla – nada, nadie.



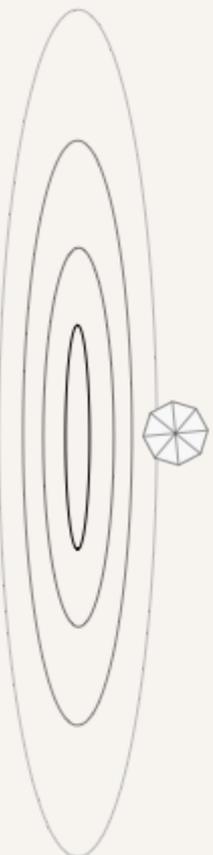
Al Senador las islas no le gustaban: la población allí era industrial, tosca; un enjambre humano de miles y miles se arrastraban por los caminos en las mañanas hacia las fábricas de múltiples chimeneas; y ahora él sabía que la Browning circulaba allí; y algunas otras cosas también. El Senador pensó: los habitantes de las islas están contados como parte de la población del Imperio; el censo general se ha introducido entre ellos, también; tienen casas numeradas, estaciones de policía, instituciones fiscales; el residente de las islas es abogado, escritor, obrero, policía, oficinista; se considera ciudadano de Petersburgo, pero este, vecino del caos, amenaza a la capital del Imperio en masas de nubes que se amontonan...

El Senador no quería  
considerarlo más: a  
las islas inquietas hay  
que aplastarlas,  
¡aplastarlas!  
Demolerlas,  
amarrarlas con los  
hierros del enorme  
puente y traspasarlas  
con las flechas de las  
avenidas...





Una piedra arrojada al estanque de la historia.



LOS  
HABITANTES  
DE LAS  
ISLAS TE  
FULMINAN

El desconocido misterioso de pequeño bigote negro apareció en el umbral.

Pensó en cómo la vida se iba encareciendo y pronto la gente trabajadora no tendría qué comer; que de allí, desde el puente, Petersburgo venía a clavarse aquí con las flechas de sus avenidas y una banda de gigantes de piedra; pronto esa banda de gigantes sin vergüenza y descaradamente enterrarían en sus áticos y sótanos a todos los pobres de las islas.

Desde las islas mi desconocido misterioso desde hace mucho odiaba a Petersburgo; allí, desde donde Petersburgo surgía como una ola de nubes; y los edificios allí se cernían; allí sobre los edificios alguien malicioso y oscuro parecía cernerse, alguien cuya respiración cubría firmemente con el hielo del granito y la piedra las islas que alguna vez fueron verdes, crespas; alguien oscuro, terrible y frío, de allí, del caos guerreante, con la mirada pétrea, batía en su histérico sobrevuelo las alas de un murciélago; y latigueaba a los pobres de las islas con palabras oficiales, sobresaliendo entre la niebla: cráneo y orejas; así mismo no hace mucho se había representado a alguien en la portada de un pequeño diario.

Sombras oscuras comenzaron a amontonarse sobre el puente; entre esas sombras la sombra del desconocido comenzó a amontonarse también. En sus manos se columpiaba un no exactamente pequeño, pero tampoco muy grande, paquete amarrado con un pañuelo sucio de bordes rojos que mostraba unos faisanes descoloridos.



Y, AL VERLO, SE  
DILATARON, SE  
ILUMINARON,  
BRILLARON



En la iluminación verdosa de la mañana de Petersburgo, un fenómeno regular también circulaba enfrente del Senador: una manifestación de la atmósfera -un flujo humano; aquí la gente enmudecía; sus flujos, acumulándose en una navegación ondulatoria, tronaban, gruñían; pero el oído habituado no podía detectar que esa ondulación humana era una ondulación estruendosa.

Como hierro caliente soldado por el espejismo, el flujo se descomponía desde adentro en los elementos del flujo: elemento sobre elemento fluía; de manera perceptible para la mente cada uno se retiraba del otro, como un sistema planetario de otro sistema planetario; aquí la relación aproximada entre un vecino y otro vecino era la de un haz de rayos de la bóveda celeste y la retina del ojo, conduciendo al centro del cerebro por medio del telégrafo de los nervios un mensaje preocupante, estelar, resplandeciente.

El viejo Senador se comunicaba con la multitud que fluía ante él por medio de cables (telégrafo y teléfono); y el flujo sombrío se transmitía a su consciencia como mareas que fluían con serenidad más allá de las distancias del mundo. El Senador pensó: en las estrellas, en lo inarticulado del estruendoso flujo que se precipitaba a su lado; y, mientras se tambaleaba sobre el cojín negro, calculó la intensidad y la luz que era perceptible desde Saturno.

De repente... -

-se crispó su rostro y un tic lo distorsionó; sus ojos pétreos, rodeados de azul, rodaron convulsivamente; sus muñecas, vestidas de gamuza negra, volaron hasta el nivel de su pecho, como si se defendiera con las manos. Y su torso se reclinó, mientras su sombrero de copa, golpeando la pared, le cayó sobre las rodillas bajo su cabeza descubierta...



El carácter  
incontrolado de los  
movimientos del  
Senador no estaba  
sujeto a las  
interpretaciones  
habituales; el código  
de reglas del Senador  
no había previsto  
nada parecido a  
esto...

Mientras contemplaba el flujo de siluetas - los sombreros, las plumas, las gorras de servicio, las gorras de servicio, las plumas - el Senador las asoció con puntos de la bóveda celeste; pero uno de los puntos, separándose de su órbita, se dirigió hacia él con serenidad vertiginosa, adoptando la forma de una enorme esfera escarlata, o mejor, lo que quiero decir es:

- mientras contemplaba el flujo de siluetas (gorras de servicio, gorras de servicio, plumas), el Senador vio en la esquina entre las gorras de servicio, entre las plumas, entre los sombreros, un par de ojos furiosos: los ojos expresaban una cierta cualidad inadmisibile; los ojos reconocieron al Senador; y, al reconocerlo, más se enfurecieron; quizás los ojos habían estado esperando en la esquina; y, al verlo, se dilataron, se iluminaron, brillaron.



Esta furiosa mirada era una mirada lanzada adrede y pertenecía a un **raznochinets** - un plebeyo- de pequeño bigote negro, que usaba un abrigo con el cuello levantado; posteriormente ahondando más en los detalles de las circunstancias, el Senador concluyó más que recordó otra cosa también: en su mano derecha el raznochinets sostenía un pequeño paquete atado con un pañuelo húmedo.

El asunto era tan simple: apretujado por el flujo de carruajes, el coche se había detenido en una intersección (allí el policía elevaba su bastón blanco); el flujo de raznochinets que pasaban por ahí, estrujados por el vuelo de los carruajes dirigiéndose hacia el flujo de quienes avanzaban perpendicularmente, atravesando la avenida Nevsky -este flujo ahora simplemente comenzó a arracimarse en torno al coche del Senador, rompiendo al ilusión de que él, el Senador, volando por la avenida Nevsky, volaba a millones de verstas de distancia del miriápodo humano que pisoteaba la misma avenida: sintiéndose incómodo, el Senador se acercó al cristal del coche, al ver que de la multitud sólo lo separaba una delgada pared y un espacio de diez centímetros; en este punto divisó al raznochinets; y con calma comenzó a estudiarlo; había algo digno de notar en la totalidad de esa discreta figura; y sin duda un fisionomista, encontrándose a esa figura en la calle por azar, se hubiera detenido con sorpresa: y luego en medio de sus actividades hubiera recordado ese rostro; la peculiaridad de ese rostro consistía simplemente en la dificultad de clasificarlo en cualquiera de las categorías existentes -no más que eso...

Esta observación hubiera parpadeado dentro de la cabeza del Senador si esta observación hubiera durado uno o dos segundos más; pero no duró. El desconocido alzó los ojos y – del otro lado del oscuro cristal del coche, a una distancia de diez centímetros, vio no un rostro, sino... una calavera con sombrero de copa y una enorme y pálida oreja verde.

En ese mismo cuarto de segundo el Senador vio en los ojos del desconocido – el mismo inmenso caos desde el cual, por la naturaleza de las cosas, la neblinosa distancia llena de chimeneas y las islas vigilaban su casa.

Fue precisamente en ese momento que los ojos del desconocido se dilataron, se iluminaron, brillaron: y fue precisamente en ese momento que, separado por un espacio de diez centímetros y la pared del coche, rápidamente del otro lado del cristal manos se levantaron, cubriendo ojos.

El carruaje pasó volando;  
con él, sobre esos  
espacios húmedos, voló  
el Senador; hacia dónde  
desde dónde – en días  
despejados surgía  
espléndida – la aguja de  
oro, las nubes, y el rojo  
atardecer; hacia dónde  
desde dónde hoy venían  
enjambres de nubes  
sucias.

Allí en los  
enjambres de  
humo sucio,  
mientras se  
reclinaba contra el  
respaldar del  
coche, sus ojos  
conservaban la  
misma visión:

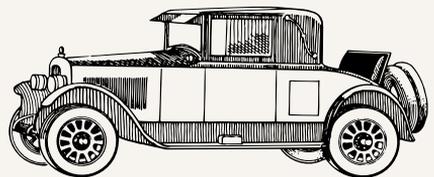
los enjambres de humo  
sucio; su corazón comenzó  
a latir con fuerza;

y se expandió, se  
expandió, se  
expandió; en su  
pecho nació la  
sensación de una  
bola escarlata  
que crecía, a  
punto de  
explotar y  
hacerse añicos.

El Senador padecía dilatación cardíaca.

Todo esto duró un instante.

El Senador, poniéndose el sombrero de copa automáticamente y presionando su mano de gamuza negra contra el corazón galopante, otra vez se abandonó a su dilecta contemplación de cubos, para poder reflexionar con calma sobre lo ocurrido.



*Traducción de Erasmo Pantoja a partir de la  
versión en inglés de David McDuff (1995)*



Dibujos de *@muerte17suerte*



y Miguel Tejada

